

Pensando acerca del dinero



**Por
Richard L. Smith PhD**

www.cosmovisionbiblicaesp.net

El economista divino

Los primeros dos capítulos de Génesis muestran a Dios, el Creador, creando con su palabra los sistemas que preservan la vida en el planeta (el aire, la luz, la tierra y la vegetación), esenciales para sostener su reinado. Él mandó que todo ser vivo se reprodujera “según su naturaleza”. Proveyó frutos, granos y un abundante suministro de agua. Ordenó el espacio separando la tierra, el mar y los cuerpos celestes. Decretó la existencia del tiempo y la regularidad de las leyes naturales: creó el ciclo de veinticuatro horas, las estaciones y el día de reposo. También diseñó el mundo para que fuera su templo y a los seres humanos para la adoración. En resumen, Dios estableció todas las condiciones necesarias que los seres humanos dan por sabido que existen en todo tiempo y en toda actividad humana.

Dicho de otro modo, Dios construyó una casa y estableció un entorno económico donde los seres humanos pudieran prosperar y crecer. Genesis 1 y 2 ilustran el Edén como el paradigma de la creación de un hogar y de la administración estatal. Con un ojo creativo atento a la estética y el orden, Dios levantó su hogar, su jardín de deleites. De hecho, la palabra “Edén” significa felicidad, deleite o placer y conlleva matices de alegría y prosperidad. En el jardín de Dios, los humanos disfrutaban de toda su provisión: un buen nivel de vida, abundancia, productividad en el trabajo, incentivo intelectual, expresión creativa y un propósito significativo en el marco de un entorno seguro.

El economista divino puso a la humanidad en un medio ambiente estable y lleno de generosa provisión para su crecimiento. En efecto, Richard H. Lowery señala que la Biblia hace uso de una variante del mismo verbo que en Génesis se traduce como “crear” (Gn. 1:1, 21) en una ocasión, en 1 Samuel 2:29, con el sentido de “engordar” (1 Sam 2:29), y en muchas otras ocasiones como adjetivo con el sentido de “gordo”. Vale la pena observar que la gordura o las grosuras solían ser signos de salud y prosperidad (crecimiento) en el antiguo Cercano Oriente. Parecería que Dios creó un mundo “engordado” de generosa provisión y un medio ambiente donde Adán pudiera saciarse de la abundancia de Dios. En la casa de Dios y dentro de su economía, había paz, prosperidad y más que suficiente de todo para todos.

Bruce R. Reichenbach hace una síntesis muy útil de cómo era la economía del jardín de Dios: “El Señor Dios es el Dador que, en su sabiduría y amor, establece la economía de la provisión; y es una economía plena, puesto que todo lo que tiene el ser humano viene de Dios”. Para Adán, el mayordomo, el jardín “suplía todas sus necesidades, tanto físicas como espirituales”. Respecto del economista divino, Reichenbach agrega: “Encontramos al Dador completo, el Dador que tiene cuidado de la persona en su totalidad y se encarga de que nada le falte en su experiencia”.

La imagen de Dios como economista omnipotente y benefactor de la humanidad se mantiene a lo largo de todo el Antiguo Testamento. El término “benefactor” aparece en el Antiguo Testamento (en la traducción del Antiguo Testamento al griego antiguo, la

Septuaginta) catorce veces haciendo referencia a la bondad de Dios (por ejemplo, en Sal. 13:6; 57:2; 78:11). Sin embargo, su favor es soberano para todo aquello que le pertenece y solo él tiene el derecho de desecharlo: “¡Mío es todo lo que hay debajo de los cielos!” (Job 41:11b; Sal. 24:1; 50:10-12; 82:8; 89:11; 95:4-5; 108:8). Aun así, Dios es generoso con sus recursos y esto suele ser motivo de adoración (Sal. 31:19; 64:9-13; 103:5; 107:35-38; 135:7; 136:21; 147:8-9,14; Mt. 5:45; Hch. 14:17).

El Salmo 23 es una ilustración especialmente emotiva de benevolencia de la economía de Dios:

El Señor es mi pastor; nada me falta. En campos de verdes pastos me hace descansar; me lleva a arroyos de aguas tranquilas. Me infunde nuevas fuerzas y me guía por el camino correcto, para hacer honor a su nombre. Aunque debo yo pasar por el valle más sombrío, no temo sufrir daño alguno, porque tú estás conmigo; con tu vara de pastor me infundes nuevo aliento. Me preparas un banquete a la vista de mis adversarios; derramas perfume sobre mi cabeza y me colmas de bendiciones. Sé que tu bondad y tu misericordia me acompañarán todos los días de mi vida, y que en tu casa, oh Señor, viviré por largos días.

Este salmo declara que Dios cuida de los habitantes de su casa. No deja que les falte nada que sea necesario (vv. 1, 5), puesto que él es un señor poderoso y próspero. Él protege su dominio (vv. 4, 5) y se anticipa a toda necesidad y problema que pueda surgir en él (vv. 2-5).

Para Adán y su descendencia (es decir, para usted y yo), la única respuesta posible debería ser una confianza expectante como la que se expresa en el Salmo 123.

Hacia ti, Señor, levanto mis ojos; hacia ti, que habitas en los cielos.
Nuestros ojos están puestos en ti, Señor y Dios nuestro,
como los ojos de los siervos y las siervas
que miran atentos a sus amos y sus amas;
¡esperamos que nos muestres tu bondad! (vv. 1-2)

Homo economicus

La actividad económica está grabada en el ADN de la *imago Dei* (imagen de Dios). El *homo economicus* (el hombre como ser económico) ya estaba vivo y sano en el jardín del Edén. Los seres humanos fueron creados con la capacidad de producir y consumir. Dios, el economista divino, proveyó todo lo que la humanidad (y la naturaleza) necesitaba para prosperar. El paraíso era el nexo de la presencia de Dios, la paz y la prosperidad en el marco de un entorno divino. En el principio, la misión de Dios era extender la economía de su jardín a lo largo y ancho de la tierra por medio de la descendencia de Adán.

Sin embargo, a partir de la Caída, la misión de la humanidad ha sido recrear y universalizar el entorno divino, pero basándose en suposiciones apóstatas. A causa de Satanás, el pecado y la maldición de Dios (Gn. 3:17-18), todas nuestras políticas y prácticas económicas, tanto en la producción como el consumo, están sesgadas y son problemáticas. Percibimos que hay un vínculo entre la espiritualidad y la economía, pero nuestros sistemas económicos muchas veces están contaminados por la idolatría y la corrupción. En la medida en que crecen nuestras capacidades en el terreno económico, los resultados suelen ser el imperio, la conquista y la explotación. Fuimos diseñados para formar relaciones y comunidades, pero con frecuencia acabamos creando culturas en las que abundan los abusos, el trato inhumano y la injusticia. Por necesidad y en consonancia con nuestro diseño, debemos consumir, pero el consumo en la economía actual se ha vuelto una especie de saqueo.

Por lo tanto, todo lo que hacemos en el plano económico ocurre en el contexto del pecado, la gracia común y la escatología. No podemos evitar estas limitaciones, pero aun así hay oportunidades económicas que deberíamos aprovechar en favor de la misión de Dios para la creación. Afortunadamente, la Biblia nos ofrece una pléthora de ideas y reflexiones sobre el dinero, que podría servirnos aplicar en nuestro mundo caído. ¿Qué significa realmente la prosperidad? ¿Cuáles son las condiciones necesarias para que la humanidad prospere al este de Edén? ¿Qué somos los seres humanos, de todos modos? Este y muchos otros temas presuposicionales nacen de las preguntas críticas que se plantean sobre la economía, el consumismo, la sustentabilidad y el bienestar humano en la posmodernidad.

Además, debido a la gracia común, no deberíamos desperdiciar las oportunidades inherentes a la benevolencia de Dios hacia este mundo (Sal. 104; Hch. 14:17), a pesar de la Caída. Los cristianos podemos y debemos concentrarnos en lo que es posible lograr por la causa del evangelio. Podemos y debemos procurar el bien común y la gloria de Dios. Podemos apoyar y aplaudir con mucho gusto los emprendimientos valiosos de quienes no están de acuerdo con nosotros (los emprendimientos sociales, por ejemplo). Debemos reconocer todo lo que es admirable y bello en la cultura que hay “debajo del sol” (Ec. 1:14). Podemos alabar a Dios por su “testimonio” continuo en nuestra *oikonomia* (economía) caída. Como administradores del planeta, debemos considerar que una prosperidad sustentable es un tema sumamente relevante tanto en términos logísticos como morales. Debemos *compartir* este planeta hasta que el Señor regrese. Si el planeta prospera, nosotros también prosperamos. Si sufre, nosotros también sufrimos.

Aun sí, *jamás* debemos olvidar que nuestras aspiraciones y expectativas culturales están condicionadas por la misión escatológica de Dios. Esa misión sigue firme a pesar de todo. Dios *proveerá* un entorno físico renovado en el que habitar con su pueblo santo otra vez. El *arreglará* los platos rotos y restaurará todas las cosas a su gloria previa a la caída, y mucho más. Un día, Dios *desvelará* su imperio cósmico, una patria libre del pecado y de Satanás, donde el ser humano realmente podrá prosperar. En los “cielos nuevos y tierra nueva” (2 Pe. 3:13), el *homo economicus* estará vivo y activo (Is. 60:4-11, 17-21; Ap. 21:24). La “ciencia lúgubre” (como se suele llamar a la economía)

será transformada para dar paso a la dignidad, la abundancia, el trabajo productivo y las relaciones significativas, en un entorno seguro y sagrado.

Hasta aquel entonces, *nunca* debemos olvidar que todo lo que los pecadores hacemos es problemático. *Jamás* podremos recrear una utopía. Todo y todos en esta era estamos sujetos a la ley de Murphy, algo probadamente cierto en la esfera económica. Respecto del comercio y el dinero, no debemos olvidar la observación profética de John Wesley:

Dondequiera que las riquezas hayan aumentado, la esencia de la religión habrá menguado en la misma proporción. Por lo tanto, no veo cómo es posible, por la naturaleza de las cosas, que ningún avivamiento religioso continúe por mucho tiempo; porque la religión necesariamente produce tanto la diligencia como la frugalidad, y estas no pueden sino producir riquezas. Pero en la medida en que aumentan las riquezas, también aumentan el orgullo, la ira y el amor al mundo en todas sus formas.

La avaricia: el cáncer del alma

No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno (Eclesiastés 2:10)

La avaricia es un instinto de supervivencia que surge como consecuencia del pecado de Adán y Eva. Desde que el ser humano fue expulsado del Edén y despojado de su seguridad y beneficios, la avaricia se origina en la preservación propia y en el miedo. Emana del corazón que aspira a ser “como Dios” (Gn. 3:15). No tiene límites. Se satisface en sí misma y se deifica a sí misma. Inspira el robo, la envidia y los celos. Motiva el acaparamiento de aquello que desea y despierta una actitud mezquina. Socava el compañerismo y la preocupación unos por otros en una comunidad. La avaricia es voraz.

También, es la distorsión del consumo necesario para la vida, que nos lleva hasta el punto de la obsesión. La avaricia motiva una ambición idolátrica, el deseo de alcanzar un estatus más y más alto. Nos incita a la lujuria, la glotonería y el hedonismo. Conduce a la persona a realizar actos atroces y a pronunciar palabras de envidia y celos. Inspira tanto al individuo como a la comunidad a “hacerse de renombre” mediante la conquista y el imperialismo, como sucedió en Babel (Gn. 11:4). Legitima la ambición por obtener recursos de todo tipo —humanos y naturales— para alcanzar seguridad y gloria.

Phyllis A. Tickle comenta: “La avaricia es el más social y, en consecuencia, el más político de los pecados”. Luego, describe la anatomía de la avaricia de la siguiente manera:

De la avaricia procede la ira; de ella fluye la lujuria; y de ella es de donde provienen la pérdida del sano juicio, el engaño, el orgullo, la arrogancia, la malicia, así como la sed de venganza, el descaro, la pérdida de la prosperidad y la virtud, y la ansiedad, de donde a su vez brotan la infamia, la mezquindad, la codicia, el deseo de realizar toda clase de acciones deshonestas, la vanidad por la casta y las condiciones de nacimiento de una persona, el orgullo por los estudios, la arrogancia por la belleza, la jactancia por las riquezas, una actitud despiadada hacia todas las criaturas, la malevolencia hacia todo y todos, la desconfianza hacia todos, la insinceridad hacia todos, la apropiación de los bienes de otras personas, el abuso sexual de las esposas de otros hombres, la aspereza en las palabras, la ansiedad, la propensión a hablar mal de los demás... todas estas acciones y actitudes proceden de la avaricia.

La avaricia también es la fuente de “todos los males”, puesto que surge a partir del “amor al dinero” (1 Ti. 6:10). Es una violación de los diez mandamientos, en especial, de los que conciernen al falso testimonio (Dt. 5:10), el robo (v. 19), el adulterio (v. 18), el asesinato (v. 17) y los deseos ilícitos (v. 21). “La avaricia provoca la envidia que, a su vez, provoca el odio que lleva a la guerra [...]. Puesto que no hay límite a los objetos a los que está ligada la avaricia, la envidia jamás se sacia, sino que se gratifica a sí misma” (*Encyclopedie Judaica*).

La maldad de la avaricia se expresa en el Antiguo Testamento en la imagen de los ojos. Los “ojos del hombre” son insaciables y “jamás están satisfechos” (Pr. 27:20; cf. Ec. 1:8). El hombre de ojo malo busca evadir el impacto que el año de reposo podría tener sobre sus finanzas; endurece su corazón y aprieta el puño contra su prójimo (Dt. 15:7); no es generoso y es “mezquino de corazón” con los demás (Dt. 15:10; 28:54, 56). La persona de malos ojos es avara, ve todo como un artículo de consumo y mide cada aspecto de la vida basándose en la relación costo-beneficio (Pr. 23:6-7); suele tener prisa por hacerse rica (Pr. 28:22) y sus ojos no se sacian de sus riquezas (Ec. 4:8). Por otro lado, aquel que tiene “ojo misericordioso” es generoso y abre su mano liberalmente, ya que “[da] de su pan al indigente” (Pr. 22:9; Dt. 15:8, 11).

Además, la naturaleza insaciable de la avaricia se pone de manifiesto cuando el Antiguo Testamento censura la envidia (Job 5:2; Pr. 3:31; 23:17; 24:1, 19). El corazón envidioso nunca halla contentamiento ni descanso cuando ve que los demás prosperan. Se siente celoso y amenazado (Gn. 26:12-16). Es tacaño e indiferente con el necesitado. El Salmo 37 ilustra al de ojo malo o envidioso como aquel que “[derriba] a los pobres y necesitados” (v. 14) y aquel que tiene riquezas (v. 16). Por eso, el justo nunca debe sentir envidia de “los malvados [...] que practican el mal” (v. 1) ni de “la prosperidad de los impíos” (Sal. 73:3).

En el Nuevo Testamento, Jesús dijo: “Manténganse atentos y cuídense de toda avaricia, porque la vida del hombre no depende de los muchos bienes que posea” (Lc. 12:15). Él equiparó la avaricia con la auto indulgencia y la maldad (Mt. 23:25; Lc. 11:39). Citando a Jeremías (Jer. 7:1-11), dijo acerca del templo: “Está escrito: ‘Mi casa será llamada casa de oración’, pero ustedes han hecho de ella una cueva de ladrones”

(Mt. 21:13). Pablo escribió que la avaricia es parte de “todo lo que sea terrenal” (Col. 3:5).

En resumen, para la criatura caída y finita que desea “ser como Dios”, la avaricia es una virtud necesaria, aunque vana y fútil. Como proclamó con seguridad Gorden Gekko, el inescrupuloso bancario de la película *Wall Street* (versión original): “La avaricia es buena”. La codicia es una característica de utilidad maquiavélica en un mundo condicionado por el pecado: nos otorga un poder crucial para la búsqueda incesante de asegurar el futuro y “hacerse un renombre” para uno mismo y para su sociedad.

Sin embargo, la avaricia contiene un principio contradictorio, un revés que es inherente a ella. Al igual que los cangrejos en una cubeta, nadie puede salir de ella, porque cuando uno se levanta, los demás lo tiran para abajo otra vez.

¿Alguno sufre de este cáncer del alma llamado avaricia?

¿Tu corazón está dominado por la codicia que fomenta el consumismo?

¿Estás luchando contra la envidia o el orgullo por tus posesiones y logros?

¿Estás intentando “ser como Dios” para asegurarte un futuro de comodidad?

¿Estás esforzándote por “hacerte un renombre”, para alcanzar una autoimagen o un legado positivos?

Caín: padre de la avaricia y la violencia

El primer fraticidio pone de manifiesto lo distorsionada que ha quedado la mentalidad de la raza humana luego de la caída en el pecado (Gn. 3). Génesis 4:3-5 y 8 describe el homicidio de Abel, llevado a cabo por su hermano Caín.

³ Andando el tiempo, sucedió que Caín llevó al Señor una ofrenda del fruto de la tierra.

⁴ Y Abel también llevó algunos de los primogénitos de sus ovejas, de los mejores entre ellas. Y el Señor miró con agrado a Abel y a su ofrenda,

⁵ pero no miró con agrado a Caín ni a su ofrenda. Y Caín se enojó mucho, y decayó su semblante.

⁸ Dijo entonces Caín a su hermano Abel: «Vayamos al campo.» Y sucedió que, mientras estaban ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató.

Génesis 4 nos muestra que la avaricia y la violencia están relacionadas. Hay una interesante semejanza entre el nombre Caín y el verbo hebreo “ganar”, a la par de

otros términos hebreos similares relacionados con la adquisición de bienes y riquezas, lo cual indica que había una avaricia inherente a la naturaleza de Caín. Según sugieren la etimología y el texto bíblico, Caín era dueño de una mente esclavizada por la avaricia y la envidia, codiciosa hasta la médula.

De hecho, esta evaluación negativa de Caín se encuentra en escritos antiguos de la literatura judía. Caín era percibido como la personificación de la maldad, la antítesis de Abel, el justo. Era un “arquetipo de aquellos que oprimen al pobre y al justo en busca de ganancias personales” y “llegó a representar todo aquello que es reprobable acerca de la humanidad”. Josefo lo consideró un hombre “completamente malvado que sólo buscaba su propia ganancia”. Filón enseñaba que “Caín es el mayor de los narcisistas” y que “los miembros ricos de la sociedad que viven una vida de lujos son sus seguidores”. Otros autores judíos afirmaron que deseaba “poseer toda la tierra” y que su sed de ganancias “lo motivó a matar a Abel”. Judas 11 habla del “camino de Caín” en un contexto negativo. 1 Juan 3:12 declara que Caín “era del maligno”. El contexto lo ilustra como un modelo económico que no es digno de imitar (vv. 11-18).

Caín fue el primero en derramar sangre con motivos religiosos y levantar una ciudad apóstata vinculada con su linaje violento e idólatra (Gn. 4:17). Caín fue un hombre codicioso, el prototipo del narcisista. De hecho, Génesis 4 lo ilustra en estrecho paralelismo con sus padres, Adán y Eva, quienes escucharon el consejo de la serpiente en vez de escuchar a Dios. Abrazaron la nociva cosmovisión de la serpiente y la materializaron en su pensamiento y conducta erróneos. Un autor dijo acerca de su codicia: “Caín tenía una cosmovisión nueva que se oponía radicalmente a Dios y, por medio de su mente pecaminosa, adoptó la idea de que él podía ser su propia ley”. En esto, se asemejó a su madre —quien codició la “sabiduría”—, pero su mente se perfeccionó aún más en la arteria diabólica.

Este es el mensaje que ustedes han oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano eran justas. Hermanos míos, no se extrañen si el mundo los odia. En esto sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida: en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en la muerte. Todo aquel que odia a su hermano es homicida, y ustedes saben que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. (1 Jn. 3:11-15)

La Biblia y la corrupción

Hace poco, leí un artículo y dos editoriales del *Buenos Aires Herald* sobre la corrupción política en Argentina. Los autores lamentaban toda una historia de deshonestidad pública: “Desde el presidente Macri hasta los Kirchner y remontándonos aún más en el pasado, vemos que los conflictos de intereses han sido la regla en el transcurso de los últimos gobiernos nacionales”. Los editoriales describen la corrupción de Perón (“acabó nacionalizando la corrupción”), las dictaduras (“abrieron las puertas a una estructura de

corrupción sistemática en la que quedó atrapada la subsiguiente democracia”), Menem (“la malversación de fondos públicos”, “las operaciones de contrabando de armas”, “los ingresos extra que percibieron los funcionarios públicos de su gobierno”), de la Rúa (“las coimas y los sobornos al partido mayoritario del Senado y a los legisladores de la oposición”), Néstor Kirchner (“seis casos de corrupción”), Cristina Fernández de Kirchner (“18 casos de corrupción en su primer mandato y 28 en su segundo mandato”, además de “ocho casos adicionales de corrupción durante el 2016”), y el actual presidente, Mauricio Macri que, irónicamente, fue “electo en el contexto de una coalición por el ‘cambio’ y se presentó a sí mismo como el candidato anticorrupción (pero luego fue imputado en las causas relacionadas con Ángelo Calcaterra y Nicolás Caputo, y por un “acuerdo de cancelación de deuda [...] del Correo Argentino, institución privatizada tiempo atrás y hoy en día, administrada por la familia Macri”).

Natalia Volosin, quien está escribiendo su disertación doctoral para Harvard acerca de la corrupción argentina, comentó que “los empresarios y burócratas entienden que si hay corrupción, todos ganan” y escribió: “[...] el que no tiene dinero no existe en la política [...], no puede comprar jueces, ni gobernantes, ni periodistas. [...] No se puede hacer política sin el dinero sucio del sector privado, [...] no se pueden hacer negocios sin permisos, privilegios y acceso a lo que el Estado tiene [...]”. Además, Volosin explica que las causas de corrupción surgen a partir de la falta de una infraestructura cívica y legal efectiva. Por ejemplo, menciona que Argentina carece de “mecanismos de control y equilibrio de los poderes” y de “organizaciones que lleven adelante auditorías e inspecciones”, además de que tiene una ley de ética pública que es poco efectiva, una oficina anticorrupción inoperante, un gobierno poco transparente y programas de amnistía fiscal que son injustos e incompetentes.

Al leer esto, me pregunté: ¿qué dice la Biblia sobre la corrupción política y el rol de los evangélicos? En primer lugar, la Biblia confronta la corrupción en todas sus formas y efectos, dando un diagnóstico amplio y profundo y una prescripción que es personal, social, sistémica y escatológica. En segundo lugar, la Biblia ofrece muchos ejemplos de crítica social en contra de la corrupción. Un breve repaso de los profetas del Antiguo Testamento y de la crítica que ellos hacen de la corrupción puede resultar instructivo.

Como representantes del Dios que “ama la justicia” (Is. 61:8), los profetas sirvieron como abogados defensores del pacto, que llamaban a Israel a volverse al cumplimiento de la ley y a la restauración y advertían acerca del juicio sobre las naciones gentiles. Los profetas afirmaron que la principal fuente de corrupción y desorden era la codicia. Isaías describió a los “pastores” de Israel como perros “comilones e insaciables” que sólo van “buscando su propio provecho” (Is. 56:11). Jeremías censuró al rey Saúm diciéndole: “sólo ves lo que te conviene; sólo piensas en saciar tu avaricia” (22:17). Según Jeremías, todo el entramado social estaba impregnado de una codicia sistémica: “Y es que todos ellos son mentirosos y avaros. Todos, desde el más chico hasta el más grande, desde el profeta hasta el sacerdote” (Jer. 6:13; cf. 8:10). Además, él denunció la corrupción económica de la corte real y la práctica del trabajo no remunerado: “¡Ay de ti, que eriges tu palacio sin justicia, y tus salas sin equidad! ¡Ay de ti, que explotas a tu prójimo y no le pagas el salario de su trabajo!” (Jer. 22:13).

El sistema judicial estaba sumido en el escándalo. Amós 2:6-7 nos da un ejemplo que toma términos comunes para referirse a la pobreza (el pobre, el desvalido, el humilde u oprimido): “han vendido al justo por dinero y al pobre, por un par de zapatos [latifundios]; han aplastado en el suelo a los desvalidos [han agravado sus impuestos], han torcido el camino de los humildes”. Si se emitiera una sentencia contra tales abusos, sería contra los ricos que, o bien tenían cargos en la corte o bien sobornaban a los cortesanos para manipular el sistema judicial según su conveniencia (nada distinto de lo que sucede hoy en día).

Los profetas confrontaron la impureza económica que tenía lugar en el templo. Miqueas se lamentaba por los sacerdotes que “cobran por impartir sus enseñanzas” y los profetas que “adivinan a cambio de dinero” (Mi. 3:11). Jeremías se puso a la entrada de la casa del Señor y la condenó llamándola “cueva de ladrones” (7:1, 11; al igual que Jesús en Mt. 21:13). Las palabras engañosas, la injusticia, la opresión de los pobres, la violencia, el robo, el adulterio y la idolatría se practicaban en sus atrios (Jer. 7:4-9). Isaías expuso la hipocresía del ayuno que aprobaba la injusticia, la opresión y el abandono a los necesitados (Is. 58:6-7, 10). Es más, Amós registró el deseo de apresurar el paso de los días de fiesta y reposo para volver a abrir los mercados cuanto antes (Am. 8:5).

Del mismo modo, el estilo de vida de los ricos y famosos era acorde a su arrogancia y avaricia. Amós condenó los lujos de la corrupta clase alta de Israel: “Ustedes duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus divanes; se alimentan con los corderos del rebaño y con los novillos que sacan del engordadero; gorjean al son de la flauta y, como si fueran David, inventan instrumentos musicales; beben vino en grandes copas y se perfuman con las mejores fragancias” (Am. 6:4-6).

En resumen, la crítica profética se concentró en la alianza oculta que había entre gobernadores, sacerdotes y mercaderes y que construía un entorno cultural basado en la codicia y el hambre de poder. Los resultados eran la inequidad y los excesos, sostenidos por estructuras de miedo, violencia y opresión. Por eso, los profetas anunciaron un despliegue de castigos, decadencia y desorden e hicieron un llamado al arrepentimiento.

Para concluir, me pregunto: ¿cuál debería ser la respuesta de los evangélicos ante la corrupción pública? Primero, deberíamos involucrarnos en la esfera pública estableciendo un diálogo crítico, por el Evangelio y por el bien común. Deberíamos cumplir nuestro llamado profético en la sociedad siendo “sal y luz” y ayudando a edificar una infraestructura social y ética que resista la corrupción.

Gracias a Dios, la historia del cristianismo nos provee muchos mentores y modelos de los cuales aprender, por ejemplo: William Wilberforce (quien persuadió al Parlamento inglés de aprobar la ley de abolición de la esclavitud en el siglo XVIII), Abraham Kuyper (primer ministro de Holanda de principios del siglo XX, teólogo y defensor de la ética y moral), creó el Center for Public Justice [Centro por la justicia pública] (una institución estadounidense cuya misión es “elaborar y comunicar una visión bíblica integral del servicio político y el gobierno responsable”, 1977) y Gary Haugen (fundador de International Justice Mission [Misión de justicia internacional], 1997).

Segundo, los evangélicos deberíamos abrazar un Evangelio más grande y más amplio que reafirme el ejercicio del servicio cristiano en la esfera pública por el bien común. Las iglesias deberían fomentar el trabajo en ámbitos como la auditoría forense, la criminalística, la representación legal, el periodismo de investigación, los organismos policiales y de orden público, la administración estatal, el liderazgo político y la gestión de organizaciones sin fines de lucro (ONG).

Tercero, los líderes y ministros de la iglesia deberían preguntarse a sí mismos: ¿existió en el pasado (o existe en el presente) una alianza secreta e impía entre “gobernadores, sacerdotes y mercaderes”? La respuesta a esa pregunta puede ser restauradora y puede darle más credibilidad a la iglesia. También puede fomentar el establecimiento de límites sanos y darles mayor claridad respecto de cuál es el rol que cada entidad debería cumplir en la sociedad.

¿Qué dice la Biblia sobre la corrupción política y el rol de los evangélicos?

El lado oscuro de la Navidad

Primera parte: Palestina bajo el gobierno romano

En esta época del año celebramos el nacimiento de Cristo. Muchas veces, las imágenes publicitarias del advenimiento de Jesús son bastante agradables y pintorescas. Sin embargo, la realidad histórica fue muy distinta. Jesús nació en un entorno social y religioso caracterizado por la brutalidad, la injusticia y el caos. Saber más sobre el contexto de la Natividad nos ayuda a entender el sufrimiento de Cristo por nosotros y el significado de la encarnación. Por eso, en este artículo me propongo sintetizar el gobierno del Imperio romano sobre Palestina (primera parte) durante el tiempo de la vida de Jesús y la iglesia primitiva (en la segunda parte trataremos con el impacto económico del gobierno romano).

En el año 165 a. C., los judíos ortodoxos derrotaron al tirano Antíoco IV Epífanes cuando intentó profanar el templo. Parecía que Dios había intervenido en su favor. No obstante, en el año 63 a. C., Pompeyo, el general romano, entró en el lugar santísimo y salió ilesa. Desde ese momento, hubo judíos que consideraron que los romanos eran el mayor de sus nuevos enemigos: el poder del mal, los idólatras y el espíritu de Babilonia renovado.

Por un tiempo, el imperio supervisó Palestina a la distancia, desde la provincia de Siria. En un principio, gobernó estos territorios por medio de las dinastías asmonea y herodiana. Sin embargo, Herodes el Grande y sus sucesores nunca fueron los verdaderos reyes a los ojos de la mayoría de los judíos. Aun así, Herodes hizo todo lo posible para legitimarse ante ellos: se casó con Mariamna, nieta de una antigua familia de reyes judíos, y empezó a reconstruir el templo, algo que se suponía que haría el verdadero rey al que Israel aguardaba.

De hecho, Herodes el Grande (37-4 a. C.) se convirtió en el rey súbdito preferido del emperador Augusto. Las familias de los sumos sacerdotes, que habían sido reubicadas desde Roma para respaldar a Herodes, también se beneficiaron mucho del clientelismo romano. Josefo, el historiador judío, describe la relación de Herodes con su pueblo:

Herodes amaba las distinciones y, poderosamente dominado por esta pasión, mostraba su generosidad siempre que había esperanzas de recibir una conmemoración futura o ganarse una mayor reputación en el presente. Sin embargo, dado que sus gastos eran más que sus recursos, se vio obligado a mostrarse severo con sus súbditos. Así, la mayor parte de los regalos en los que invirtió para algunos lo convirtieron en la causa del perjuicio de otros, de quienes obtenía este dinero.

Por eso, la revolución siguió en el aire en los primeros años del primer siglo y, después de una revuelta liderada por Judas el Galileo en el año 6 d. C., Roma decidió que sería más sabio y seguro convertir Judea en una provincia romana con un gobierno local. Desde entonces hubo una sucesión de procuradores que residieron en la provincia. Pilato (26-32 d. C.), por ejemplo, fue el tercero.

Desde entonces hubo protestas aisladas, que los romanos acallaron con el uso esporádico de la violencia. La segunda gran conquista romana, por ejemplo, fue una respuesta a las insurrecciones populares generalizadas que lideró Judas el Galileo en todos los sectores más importantes de Palestina después de la muerte de Herodes en el año 4 d. C., poco tiempo después del nacimiento de Jesús. Además, en esa época, hubo 6000 fariseos que se rehusaron a prestar un juramento de lealtad al César. Sin duda, ese número creció en los treinta o más años previos al ministerio de Jesús.

Por otro lado, hubo numerosos movimientos campesinos encabezados por diversos “mesías” que declaraban su propia independencia local. Los romanos llevaron destrucción y esclavitud a las regiones que guardaban alguna relación con Jesús y sus seguidores. En los alrededores de Nazaret, los romanos “tomaron e incendiaron la ciudad de Séforis y sometieron a sus habitantes a la esclavitud. [...] Todo el distrito se convirtió en una escena de sangre y fuego. [...] [Los romanos] reunieron a los rebeldes de los campos de esa zona y crucificaron a alrededor de 2000 personas”.

A continuación, vemos una crónica del sanguinario incidente que tuvo lugar cerca del año 52 d. C.

La multitud se había reunido en Jerusalén, como acostumbraba hacerlo para la fiesta de los panes sin levadura, y el séquito romano había tomado su puesto en el techo del pórtico del templo. [...] Inmediatamente después, uno de los soldados, levantando sus vestiduras, se inclinó con un gesto indecente, volvió su parte trasera hacia los judíos y emitió un ruido acorde a su postura. La multitud entera, encolerizada ante semejante insulto, apeló a Cumano con fuertes gritos exigiendo que castigara al soldado; algunos jóvenes impetuosos y otras personas sediciosas de entre la multitud empezaron una pelea, tomaron piedras

y las arrojaron a las tropas. [...] Las tropas entraron en masas por los pórticos. Los judíos, embargados por un pánico irresistible, corrieron del templo y se escaparon por la ciudad [...], más de treinta mil perecieron [...].

Por un tiempo antes de la derrota final del pueblo judío, las autoridades romanas habían objetado que los judíos estaban canalizando el tributo desde sus provincias para sacarlo de allí e introducirlo en el templo en vez de entregárselo a Roma. Tito, el conquistador romano, se dirigió a la élite judía, que antes se había beneficiado del clientelismo romano y que ahora se había rendido a él. Para los romanos, estaban siendo desagradecidos por la “generosidad” de Roma:

No, ciertamente se vieron incitados en contra nuestra a causa de la humanidad romana. Para empezar, les hemos permitido ocupar esta tierra y tener reyes de su propio linaje; luego mantuvimos las leyes de sus antepasados y les hemos permitido vivir como quisieran, no solo entre ustedes sino también en su trato con personas ajenas a su comunidad; por sobre todo, les permitimos recolectar tributos para Dios y recoger ofrendas sin amonestarlos ni entorpecer a quienes las presentaran, ¡solo para que se enriquecieran a expensas nuestras y usaran ese dinero para preparar un ataque contra nosotros! Después, regocijándose en sus privilegios, volvieron su superabundancia en contra de sus benefactores y, como reptiles indomables, escupieron su veneno sobre quienes los acariciaban.

Los romanos estaban nerviosos de continuo. Las brasas de la revolución se avivaron durante la vida de Jesús y después de su muerte. Todos esperaban que Dios reivindicara su nombre y destruyera a los colonizadores paganos. Esta esperanza desencadenó la gran rebelión del año 66 d. C., pero las distintas facciones, cada una confiada de que ellos eran los verdaderos guerreros escogidos de Dios, pelearon entre sí tanto como lucharon contra los romanos. El templo fue incendiado y los romanos tomaron la ciudad en el año 70 d. C. El siguiente objetivo fue la fortaleza de Masada, asediada en el 74 d. C. Los paganos triunfaron. Al parecer, el Dios del pacto no hizo nada al respecto.

El lado oscuro de la Navidad

Segunda parte: el impacto económico del gobierno romano

El propósito del Imperio romano era explotar los recursos económicos de las tierras que conquistaba. Después de saquear las riquezas de una región y tomar de ella mano de obra esclava, los romanos imponían al pueblo el pago del tributo, una forma de generar ganancias para sustentar el aparato imperial y desmoralizar a las poblaciones locales.

El caso de Israel no fue distinto. De hecho, Jerusalén fue llamada “la ciudad más ilustre del este” y Roma tomó de ella tantos bienes como pudo. En ella residían más de 60 000 personas, los increíblemente ricos y los extremadamente pobres.

Las clases altas, quienes más se beneficiaron por el clientelismo romano y el *statu quo*, en su mayoría, vivían en la Ciudad Alta y estaban compuestas por el Templo y la nobleza laica, que incluía a los hacendados y mercaderes ricos. Ananías, sumo sacerdote en el año 48 d. C., tenía riquezas suficientes para pagar sobornos a Albino el Procurador, a fin de que él extorsionara a los campesinos y a los sacerdotes más pobres para que extrajeran dinero de los diezmos para él y sus siervos. Justo por debajo de las mansiones de la élite estaban las casas de la clase media alta, adornadas con caros muebles y decoraciones. Este grupo también prosperó gracias al clientelismo romano.

Las clases más bajas consistían en los sacerdotes y levitas más pobres, los pequeños mercaderes, los artífices y otros trabajadores no calificados, que vivían en aldeas dispersas por todo el territorio de Judea y Galilea. Los sacerdotes más pobres realizaban trabajos como obras de cantería, venta de aceite y tareas agrícolas. Una de las principales fuentes de ingresos era el templo, que requería el trabajo de tejedores, panaderos, orfebres, lavadores, cambistas y vendedores de bálsamos y ungüentos. También había muchos jornaleros que trabajaban en los campos y olivares de la ciudad.

Por último, había una clase “invisible”, compuesta por el grupo de los marginados, que solían vivir en los suburbios: los esclavos, mendigos y enfermos, los de ascendencia dudosa y quienes tenían ocupaciones poco ortodoxas, tales como las prostitutas, los recolectores de estiércol, los arrieros de asnos, los apostadores, los marineros, los curtidores, los vendedores ambulantes, los granjeros y los prestamistas que daban dinero a cambio de intereses.

Desde los tiempos de Julio César (fallecido en el año 44 a. C.), los campesinos de Judea pagaron hasta el 12,5 % anual de sus cosechas, mientras seguían pagando los diezmos y ofrendas tradicionales del templo. No pagar a los romanos equivalía a rebelarse. Cerca del tiempo en que nació Jesús, los romanos estaban forzando a muchas familias campesinas de Judea y Galilea a abandonar sus tierras.

Prácticamente una generación entera quedó diezmada en ciertas regiones a causa de la devastación, la masacre y la esclavización durante las reiteradas conquistas romanas y herodianas. Aldeas enteras quedaron desprovistas de las provisiones, las semillas y los animales de carga necesarios para empezar a recuperarse. Muchos se vieron obligados a pedir préstamos con intereses a acreedores ricos de la élite sacerdotal. Por esta razón, una de las primeras iniciativas de los rebeldes cuando estalló la revuelta del 66 d. C. y tomaron el control de Jerusalén fue quemar los archivos públicos donde se guardaban los registros de las deudas. De ese modo, los rebeldes declararon un jubileo para sí mismos (Lv. 25:10).

Los romanos esperaban que las personas permanecieran en sus hogares ancestrales para así producir cultivos con los que pagar el tributo a Roma. No obstante, grandes números de campesinos se mudaron porque no podían obtener el propio sustento en sus campos y además pagar el tributo. Por eso, los romanos, de vez en cuando,

reunían campesinos y los obligaban a volver a sus aldeas de origen. Aunque no pudieran ganarse la vida con el fruto de sus propios campos, estaban obligados a volver para poder pagar a los romanos. El resultado fueron miles de personas que quedaron desarraigadas.

Para mantener el control económico y la productividad, los romanos llevaban adelante censos con regularidad. El siguiente es un ejemplo del año 102 d. C.:

Una vez comenzado el censo casa por casa, es necesario que todas las personas que por alguna razón se hayan ausentado de sus distritos de origen, reciban el aviso de que deben volver a sus propios hogares, para que así completen las formalidades habituales del registro y se apliquen al trabajo en los campos de los que son responsables. [...] Quienes den pruebas de que su presencia es necesaria en el lugar donde están recibirán autorizaciones firmadas. [...] Todos los demás deben volver a sus hogares en un plazo de treinta días. Cualquiera que, terminado ese plazo, no cuente con la debida autorización será castigado severamente.

Estos factores sociales, políticos y económicos juegan un papel importante en la historia de José y María, en el contexto social y religioso en el que Jesús ejerció su ministerio y en el sufrimiento y la injusticia descritos en el libro de Santiago.

Por lo tanto, Israel sintió un profundo impacto social, religioso y económico a causa del gobierno romano. Durante el primer siglo, una población campesina cada vez más numerosa, desfavorecida e indignada se opuso a la clase dominante judía, considerándolos ilegítimos, transigentes con el paganismo y explotadores de los bienes económicos de Israel. Las familias de los sumos sacerdotes, que dependían del apoyo de Herodes y sus herederos, no eran originalmente judíos nativos de tierras palestinas, sino familias poderosas importadas del imperio romano. Debido a su explotación de los pobres, estas familias tenían una reputación infame y eran tenidas en muy baja estima entre las clases sacerdotales más bajas. En consecuencia, se levantaron bandidos sociales que actuaban como una especie de Robin Hood nacionalista: saqueaban a los terratenientes poderosos y atacaban a los representantes de la dominación extranjera.

Todos los judíos cargaban con el enorme peso de los costosos impuestos, la mala gestión del gobierno y la corrupción. A partir del 59 d. C., el conflicto entre las distintas clases económicas del clero se intensificó. La élite del templo contraatacó reteniendo los diezmos de los sacerdotes comunes e intentó subyugarlos sometiéndolos al hambre. En vistas de esta corrupción y opresión extranjera, muchos judíos retuvieron el tributo a Roma y los sacerdotes comunes suspendieron el sacrificio diario por el bienestar del emperador. Roma interpretó estas acciones como una rebelión manifiesta (66 d. C.). Unas semanas más tarde, hubo una sublevación generalizada, no sólo en contra de los romanos sino también en contra de la aristocracia sacerdotal.

Ese fue el contexto económico y social en el que nuestro Señor vino al mundo a obtener nuestra salvación e inaugurar el reino de Dios en la tierra.

El dinero es sagrado

Ninguno puede servir á dos señores; porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó se llegará al uno y menospreciará al otro: no podéis servir á Dios y á Mammón.
(Mateo 6:24 RVA)

Sagrado es todo lo que valoramos y deseamos con supremacía. Se asignan valores sagrados a todo lo que amenaza, protege o mejora nuestro estilo de vida. Lo sagrado florece en el miedo, la angustia y la finitud. Brinda esperanza, consuelo y capacidad de superar nuestras limitaciones. Por ejemplo, tememos a la muerte, al caos y al empobrecimiento. Todo lo que alivia esos temores conlleva una función sagrada (es decir que desempeña funciones divinas de Dios y opera como un ídolo). En este sentido, lo sagrado se corresponde con todo lo que nos da un sentido de poder, auto-orientación y trascendencia en relación con nuestras necesidades y temores, específicamente en relación con el impacto económico de la maldición del pecado (Génesis 3:15).

Nuevamente, el dinero, como manifestación de lo sagrado, es un medio para manejar los efectos económicos del pecado, por lo cual la avaricia es idolatría (Colosenses 3, 5) y la raíz de todos los males (1 Timoteo 6:10). El aspecto sagrado del dinero funciona en todos los sistemas económicos: trueque, mercantilismo, comunismo, socialismo, nacionalismo y capitalismo.

Por consiguiente, debido al pecado, casi nada escapa al poder del dinero. Casi todas las cosas y las personas pueden ser poseídas (compradas, vendidas y alquiladas). El dinero es mediador de casi todo. Está directamente relacionado con nuestra búsqueda obsesiva de la felicidad. Está relacionado con el bienestar psicológico, imágenes de éxito y fracaso, estatus y seguridad dentro de nuestras culturas.

El dinero es poder y es una especie de gracia pagana que nos da la capacidad de obtener las cosas que codiciamos. Proporciona un sentido de independencia y de orden. Garantiza la capacidad de controlar y dominar, en lugar de ser controlado y dominado. El dinero es protección en un mundo de pecado.

El dinero, como poder, representa regalos dados y recibidos como contrapartida, intercambio de regalos (y obligaciones), un medio de asegurar el crédito y el débito, un medio para obtener estabilidad, certidumbre, aprobación de pares y estatus. Es un medio para perpetuar el nombre propio y entrar en la "eternidad" mediante la entrega de una herencia y la filantropía.

El dinero desempeña una función religiosa en el sentido que cumple un propósito sagrado: intenta ejecutar la función divina de Dios, que es el único verdadero Proveedor y Protector (Mateo 6:24). Por eso el amor al dinero es idolatría y una violación al Primer Mandamiento (Deuteronomio 5: 7). Es también por eso que la seguridad y los placeres del dinero son tan fugaces: finalmente ningún ídolo puede usurpar el lugar de Dios (Jeremías 2: 12-13).

Las escrituras atestiguan que el dinero es sagrado:

- El amor al dinero resulta en el extravío de nuestra confianza: “*Éste es el hombre que no consideró a Dios como su fortaleza, sino que confió en sus muchas riquezas y se mantuvo en su maldad.*” (Salmos 52:7)
- La abundancia monetaria nos tienta a desafiar a Dios: “*En sus pastos se saciaron y, una vez repletos, se ensorbeció su corazón; por esta causa se olvidaron de mí.*” (Oseas 13:6. Ver también Deuteronomio 6:10-13)
- La riqueza nos tienta a deificarnos: “*Tu corazón se ensorbeció, y dijiste: 'Yo soy un dios y estoy sentado en el trono de dios...*”(Ezequiel 28:2)
- Las riquezas nos hacen sentir poderosos y aislados de los problemas de la vida: “*Las riquezas del rico son su ciudad fortificada...*”(Proverbios 10:15)

Aquí hay algunas preguntas de seguimiento, para reflexionar:

- ¿Cuál es mi relación con el dinero? ¿El dinero es sagrado en mi corazón? ¿Sufro el amor por el dinero?
- ¿Cuál es la relación de mi familia con el dinero?
- ¿Cuál es la relación de mi iglesia con el dinero?
- ¿Cuál es la relación de mi ministerio con el dinero?
- ¿Cuál es la relación de mi negocio con el dinero?
- ¿Cuál es la relación de mi cultura con el dinero?
- ¿Cuál es la relación de mi gobierno con el dinero?

Solo hay dos amores: Dios o Mamón (Mateo 6:24)

El término “Mamón” no es muy conocido hoy en día, pero es importante que entendamos la importancia que tiene en la Biblia. Su origen es una palabra del arameo que significa “dinero” o “riqueza” (el arameo era el idioma local de Israel en los tiempos de Cristo). Aparece en el Nuevo Testamento griego en Mateo 6:24 y Lucas 16:11, 13, y se traduce literalmente como Mamón en las versiones más antiguas. Más adelante, se empezó a traducir como dinero, bienes o riquezas.

La raíz del término es “Aman”, que significa “aquellos sobre lo cual uno deposita su confianza”, o “aquellos que sostiene o nutre al hombre”. Conlleva la noción de depositar, estar firme, de que algo es confiable, fuerte, duradero e incluso eterno. En relación con el concepto de dinero, Mamón parece indicar que el dinero es fiel, los tesoros son confiables, Mamón es fiel y verdadero, o en Mamón los hombres depositan su confianza.

Sin embargo, es interesante comparar y contrastar el término arameo “Aman” con un término hebreo muy similar: “Amén”. “Amén” significa “completa confiabilidad”, “ciertamente” o “que así sea”. Es una palabra que está asociada con el nombre de Dios y se refiere a su veracidad y fiabilidad absoluta. Tanto el Antiguo como en el Nuevo

Testamento llaman a Dios “la verdad” y “el amén” (Is. 65:16; Ap. 3:14). Por lo tanto, en cierto sentido, Mateo 6:24 marca un contraste entre Dios —“el Amén”— y Mamón —un dios falso—, o se contrasta la verdadera riqueza con las falsas riquezas, o la verdad con la falsedad:

Nadie puede servir a dos amos, pues odiará a uno y amará al otro, o estimará a uno y menospreciará al otro. Ustedes no pueden servir a Dios y a las riquezas [Mamón].

Podemos ampliar nuestra comprensión del término si consideramos la enseñanza que el resto de la Biblia nos ofrece acerca del dinero. En blogs anteriores escribí:

- El dinero es poder: nos permite obtener las cosas que codiciamos, nos proporciona un sentido de independencia y orden, nos da la capacidad de controlar y dominar, y es protección en un mundo de pecado.
- El dinero es estatus: nos da estabilidad, la aprobación de nuestros pares y nos permite perpetuar nuestro propio nombre y entrar en la “eternidad” mediante la entrega de una herencia y la filantropía.
- El dinero es “la respuesta para todo” (Ec. 10:19): nos permite controlar nuestro entorno, comprar nuestra seguridad, disfrutar del fruto de nuestro trabajo y determinar nuestra propia identidad.

Por lo tanto, el dinero muchas veces es poder al servicio de un ídolo, Mamón. A su vez, en el “presente siglo malo”, como lo llamó Pablo en Gálatas 1:4, o “bajo el sol”, en palabras de Salomón (Ec. 1:3), el injusto Mamón (Lc. 16:11) es un siervo del diablo. Sobre esa base, podemos extraer lo que dice Mateo 6:24 y reformular el versículo de la siguiente manera:

Nadie puede servir a dos amos... ustedes no pueden servir a Dios y a un ídolo. A ningún ídolo.

o

Nadie puede servir a dos amos... ustedes no pueden servir a Dios y a Satanás.

Si examinamos Mateo 6:24 y su contexto inmediato (vv. 21-24), podemos concluir con más precisión que hay un conflicto crónico y sistemático entre dos grandes amores: Dios y Mamón, Dios y los ídolos, o de hecho, Dios y Satanás:

No acumulen ustedes tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido corroen, y donde los ladrones minan y hurtan. Por el contrario, acumulen tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido corroen, y donde los ladrones no minan ni hurtan. Pues donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. [...] Nadie puede servir a dos amos, pues odiará a uno y amará al otro, o estimará a uno y menospreciará al otro. Ustedes no pueden servir a Dios y a las riquezas.

La siguiente representación temática del versículo 24 revela las dimensiones opuestas y antagónicas del culto a Mamón:

Nadie puede servir a dos amos,
pues odiará a uno
y amará al otro,
o estimará a uno
y menospreciará al otro.
Ustedes no pueden servir a Dios y a las riquezas.

Observemos la variedad de temáticas en paralelo y en contraste que hay en Mateo 6:24. La primera oración y la última están en modo indicativo. Jesús afirma una realidad simple que debería ser obvia para todos: así como no podemos servir a dos amos humanos, tampoco podemos adorar a dos amos divinos. La imposibilidad de una doble servidumbre es evidente, dado que es imposible servir a Dios y a Mamón (los ídolos). El sujeto “nadie” nos muestra la naturaleza universal del dilema e incluye a todo ser humano dentro de la imposibilidad. Implica que toda persona debe servir a uno o al otro, pero no a ambos. No hay un terreno neutral al cual huir en lo que refiere a la idolatría.

El resto del vocabulario del pasaje lo demuestra. “Servir” en este contexto significa “ser un esclavo”. Los esclavos eran muy conscientes de que pertenecían a alguien más. Tal relación les demandaba una absoluta dependencia, un compromiso total y exclusivo. En virtud de su posición, los “señores” también eran la autoridad absoluta e indiscutida sobre la vida de sus esclavos. Por lo tanto, “servir a Dios” significa amar a Dios.

Del mismo modo, “odiár” u aborrecer tenía un sentido igual de absoluto y totalitario. Indicaba que había hostilidad hacia otra persona. “Estimar” y “menospreciar” son opuestos irreconciliables. “Amar” significaba “unirse” o, en términos idiomáticos, “apegarse a alguien” y “volverse uno con” esa persona. “Odiar” indicaba un sentimiento de desprecio y desdén, por el cual uno considera al otro despreciable.

Entonces, amar o servir a Mamón (el dinero, los ídolos, Satanás) significaba odiar a Dios, mientras que amar y servir a Dios significaba odiar a los ídolos. El trasfondo cultural del término y su matiz negativo sugieren que Jesús estaba haciendo una evaluación polémica y espiritual sobre Mamón o el dinero en el versículo 24. Mamón, como bien indica la naturaleza misma del término, es un farsante, un impostor del verdadero Dios, el Amén. Jesús dijo que Mamón es una contradicción total, un insulto a Dios, puesto que solo él es fiel y verdadero; parecía estar diciendo que Mamón es un poder satánico que esclaviza a la humanidad por medio del amor al dinero.

Mamón desea convencernos de que en realidad deberíamos amar el dinero y todo lo que el “presente siglo malo” nos ofrece por medio del dinero, cuando la verdad es que debemos amar solo a Dios y su reino. Necesitamos dinero, de eso no cabe duda, y la gracia común que recibimos de parte de Dios mediante la cultura es una bendición. Sin embargo, nuestra fuente de esa bendición no es Mamón ni los ídolos, sino Dios; y la

forma en que usamos el dinero no debería estar determinada por las reglas del dinero que impone Mamón ni por la sabiduría mundana, sino por la ley de la fe, la santidad y la gracia de Dios.

"La mayor amenaza a la viabilidad de nuestra fe es el consumismo..."

La íntima relación que hay entre el protestantismo de América del Norte (particularmente el evangelismo) y el capitalismo se remonta —por lo menos— a principios del siglo XIX, cuando la teoría y la infraestructura de la economía de mercado moderna comenzaban a emerger. Durante este período de formación, hubo voces cristianas que se levantaron para expresar oposición y crítica, pero en su mayoría fueron desoídas. A medida que la economía de mercado fue creciendo, muchos cristianos acogieron con entusiasmo la nueva economía, considerándola la provisión de Dios para la sociedad estadounidense. También promovieron y adaptaron la teoría y la práctica comercial para promocionar sus propias empresas religiosas y comerciales. Los evangélicos parecían estar tan enamorados de los principios de la gestión empresarial y de la búsqueda de la eficiencia, tal como lo estaban sus pares más liberales y seculares. Ambos trataron de valerse de los principios empresariales; los evangélicos, para mejorar el funcionamiento y aumentar el alcance de las iglesias y organizaciones paraeclesiásticas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la relación entre el evangelismo y el consumismo (la nueva derecha por excelencia) ha crecido de manera exponencial y sinérgica. Según Bethany Moreton, la aparición del consumismo masivo contó con el apoyo inmediato de los conservadores, seculares y especialmente evangélicos.¹ Moreton habla acerca de la íntima relación que hubo en ese entonces entre muchos colegios cristianos, la industria de los servicios, el consumo masivo (Walmart en particular) y el surgimiento de SIFE (Students in Free Enterprise [en español, estudiantes de la libre empresa]). En 1985, un graduado de SIFE declaró ávidamente: "Siento que ahora estoy listo para salir a evangelizar el país, predicando la filosofía de la libre empresa".² Se alentaba a los participantes de SIFE a considerarse orgullosos discípulos de Adam Smith. Paul Harvey, el comentarista cristiano y locutor radial, declaró con aires triunfales en una reunión de Walmart: "Hemos creado algo mejor que el comunismo, el socialismo y el capitalismo. Hemos creado el consumismo ilustrado".³

Sin embargo, Shane Claiborne, el activista social y progresista evangélico, comentó con sarcasmo: "La iglesia ha consentido demasiado a la economía corporativa mundial, asistiendo a las víctimas de este sistema. En tanto sigamos haciéndonos cargo de los daños colaterales de la economía de mercado con una mirada acrítica, el mundo va a seguir produciendo víctimas".⁴ Ahora bien, parece que los evangélicos, en su mayoría,

¹ To Serve God and Wal-Mart: The Making of Christian Free Enterprise (Cambridge: Harvard University Press, 2009).

² Ibíd., 197.

³ Ibíd., 248.

⁴ Irresistible Revolution: Living Like an Ordinary Radical (Grand Rapids: Zondervan, 2006), 151 (énfasis mío).

estamos “haciéndonos cargo de los daños colaterales” generados por el consumismo “con una mirada acrítica”. No hemos tomado conciencia sobre las presuposiciones, la cosmovisión, la antropología y los valores dañinos que fomentan el estilo de vida adquisitivo. El reconocido escritor Alan Hirsh comenta: “He llegado a creer que la mayor amenaza a la viabilidad de nuestra fe es el consumismo. Este es un desafío mucho más vil e insidioso para el evangelio, porque afecta a todos y cada uno de nosotros en muchos aspectos”.⁵ Basándome en mi propia experiencia como misionero en Europa Central, parece que, en efecto: “A veces, los cristianos estadounidenses envolvemos la Biblia tan firmemente con la bandera de Estados Unidos o con el dólar que se vuelve difícil distinguir la democracia y el capitalismo del Evangelio”.⁶

Personalmente, creo que no hemos discernido la idolatría del culto sistémico a Mamón en nuestra cultura. No nos hemos enfrentado al descontento, la codicia, el sentido de reafirmación del ego, la sensualidad y la sexualidad en la iglesia. No hemos discernido la compatibilidad que hay entre el consumismo masivo y la posmodernidad. No hemos alcanzado a comprender hasta qué punto las aspiraciones imperialistas del consumismo se han vuelto un evangelio alternativo y un mandato cultural sesgado: una utopía apóstata en la tierra.

Me temo que las consecuencias serán que vamos a cosechar “toda clase de males” fomentados por el “amor al dinero” (1 Ti. 6:10).

Las tres caras del consumismo

Desde hace décadas, sociólogos, líderes y ministros reflexivos del cristianismo han observado que los evangélicos muchas veces están obsesionados con el consumo. Uno de ellos escribió: “La mayor amenaza a la viabilidad de nuestra fe es el consumismo, un desafío mucho más abyecto e insidioso que ningún otro para el evangelio, debido a que, en muchos sentidos, nos ataña a todos y cada uno de nosotros”.

Estoy de acuerdo. No hemos discernido en nuestras culturas la idolatría de la adoración sistémica a Mamón (el dinero) (Mateo 6:24). No hemos confrontado el descontento, la avaricia, la percepción elevada de los propios derechos, la sensualidad y la sexualidad que corrompen a la iglesia. No hemos discernido la compatibilidad que hay entre el consumo masivo y la posmodernidad. No hemos reconocido que las aspiraciones imperialistas del consumismo constituyen un evangelio alternativo y un mandato cultural distorsionado (Génesis 1:26-28), una utopía apóstata en la tierra.

⁵ *The Forgotten Ways: Reactivating the Missional Church* (Grand Rapids: Brazos Press, 2006), 106-107.

⁶ Richard L. Smith, “A Testimony for Missions: Respect of Rejection?,” “Does conversion necessarily imply economic prosperity? Should missions clone Westerners? Should converts look, behave, think, and spend like Americans or Western Europeans?”. *Evangelical Missions Quarterly* Vol. 38 (octubre, 2002), 481.

Para fomentar la reflexión sobre este tema, voy a proponerles tres paradigmas para que, a través de ellos, examinemos las influencias nocivas que el consumismo ha ejercido sobre la iglesia y la cultura.

El primero es el paradigma de la *coerción*, basado en la investigación de Douglas Rushkoff, quien escribió una obra documental titulada “Coercion: Why Do We Listen to What They Say?” [Coerción: ¿por qué escuchamos lo que ellos dicen?]. Allí, Rushkoff describe una intrincada red de medios de comunicación y marketing pensada para fomentar el consumo como estilo de vida y como matriz del sentido:

El propósito de la vida es comprar y vender cosas o incluso ideas, pero como todo comportamiento compulsivo, nuestras conductas de compra y venta tan solo crean una necesidad de comprar y vender más. Siempre hay una casa mejor, una computadora mejor o un distrito escolar mejor. Si tan solo pudiéramos ganar suficiente dinero para avanzar al próximo nivel [...]. Somos lo que compramos y siempre podemos comprar algo mejor. Cuanto más compramos, más se desenvuelven las técnicas coercitivas que nos compelen a comprar aun más. Del mismo modo, siempre hay un empleo más lucrativo, una oficina más grande, un título de mayor rango o una posición de más autoridad, si tan solo logramos vender lo suficiente, complacer a suficientes clientes o ganar suficientes adeptos al progreso.

El segundo paradigma es el de la *afluenza*, término creado por la combinación de las palabras “afluencia” e “influenza”. La *afluenza* es un descontento compulsivo, un “sentimiento de insatisfacción que resulta del esfuerzo por estar a la altura de” todos los demás. Nace de la envidia sistemática hacia los demás, de una “epidemia de estrés, trabajo excesivo, despilfarro y endeudamiento”, y de la esclavitud frente a una “adicción insostenible al crecimiento económico”. La *afluenza* es “un mal doloroso, contagioso y de transmisión social, cuyos síntomas son la sobrecarga, el endeudamiento, la ansiedad y el despilfarro como consecuencia del obstinado empeño por poseer más”.

El tercer paradigma es el del *McWorld*, una combinación de las palabras McDonald's y Disney World. Esta expresión es un término acuñado por Benjamin Barber en su libro *Jihad vs. McWorld: How Globalism and Tribalism are Reshaping the World* [Yihad vs. McWorld: de qué forma la globalización y el tribalismo están reconfigurando el mundo]. Este autor describe el *McWorld* como “un imperio de sabores, imágenes, marcas y un estilo de vida determinados por los valores de comida rápida de McDonald's y la fantasía de Disneylandia”. Muy probablemente, Barber coincidiría en que el *McWorld* es una cosmovisión que reafirma el slogan: “Compro, luego existo”. Para él, el consumismo es una “fantasía consumidora o una realidad virtual hecha realidad, 24 horas al día, 7 días a la semana”. Así es como él define el *McWorld*:

El *McWorld* es una experiencia de entretenimiento y consumo que une centros comerciales, multicines, parques temáticos, estadios y campos de deportes, cadenas de comida rápida (con sus inagotables lazos con el cine) y la televisión (redes de consumo) en una empresa vasta y única

que, con el fin de maximizar sus ganancias, *transforma* a los seres humanos. [...] El *McWorld* en sí mismo es un parque temático, un “Mercadolandia” donde todo está en venta, [...] donde todos son iguales en tanto puedan pagar el precio de admisión y se contenten con ser espectadores y consumidores.

Para terminar, quiero dejarles algunas preguntas para reflexionar:

¿Hasta qué punto la iglesia evangélica argentina padece de *afluenza*?

¿Hasta qué punto el materialismo y la envidia motivan nuestros hábitos de consumo, nuestras aspiraciones económicas e incluso nuestra filiación política?

¿Por qué Disney World y otros parques temáticos norteamericanos son el destino turístico de muchos argentinos, tanto seculares como evangélicos?

¿Será que a veces preferimos un *McWorld*, un mundo de fantasía creado por el hombre, en vez del mundo real creado por Dios (aunque ahora esté corrompido por el pecado)?

¿Por qué compramos con frecuencia aparatos y aplicaciones de última tecnología?

¿Por qué la recepción de bodas y las fiestas de cumpleaños de algunos cristianos simulan espectáculos y concursos de Hollywood?

¿Están de acuerdo con la afirmación de que “la mayor amenaza a la viabilidad de nuestra fe es el consumismo”? ¿Por qué sí? ¿Por qué no?

“Dondequiera que las riquezas hayan aumentado...”

El ambiente posmoderno pide a gritos que se haga una nueva valoración de los axiomas, los sistemas y las prácticas de la modernidad. El mito iluminista del progreso, en particular, y la visión del crecimiento económico representada por el PBI como la medida del bienestar están bajo revisión actualmente. Muchas voces claman por un cambio radical en la manera de entender el concepto de la prosperidad. Por ejemplo, Tim Jackson escribió: “La prosperidad consiste en nuestra capacidad de desarrollarnos como seres humanos dentro de los límites ecológicos de un planeta finito. El desafío para nuestra sociedad es crear las condiciones bajo las cuales esto sea posible”.⁷

⁷ *Prosperity Without Growth*, p. 16.

Otros autores, citados por Jackson, proponen una nueva relación entre la economía, la sociedad y la espiritualidad:

Una nueva política del bien común [...] requiere un concepto más demandante de lo que significa ser ciudadanos y exige un discurso público más robusto, que se involucre más directamente con las cuestiones morales y hasta espirituales.⁸

Debemos volver a instalar en la sociedad un sentido más profundo del propósito de la vida. La infelicidad de tantas personas debería decírnos que el mero éxito no es suficiente. El éxito material nos ha llevado a una extraña bancarrota espiritual y moral.⁹

Estos son debates en los que los cristianos *deben* participar, a pesar de tener una cosmovisión distinta. La Biblia ofrece una pléthora de ideas acerca del dinero que podrían ser de utilidad: ¿Qué significa realmente la prosperidad? ¿Cuáles son las condiciones necesarias para que la humanidad prospere al este del Edén? ¿Qué somos los seres humanos, de todos modos? Estos y muchos otros interrogantes cuya respuesta presuponemos emergen de las preguntas críticas que plantea la posmodernidad acerca de la economía, el consumismo, la sustentabilidad y el bienestar humano.

Además, a causa de la gracia común, no debemos desperdiciar las oportunidades inherentes a la beneficencia de Dios hacia este mundo. Los cristianos podemos y debemos enfocarnos en lo que está a nuestro alcance hacer y lo que incumbe a la causa del Evangelio. Podemos y debemos trabajar por el bien común. Con mucho gusto podemos apoyar y aplaudir iniciativas dignas de aquellos que no están de acuerdo con nosotros (como el empresariado social y el proyecto “Héroes” de la CNN, por ejemplo). Debemos reconocer todo lo que es admirable y bello en la cultura que existe “debajo del sol” (ver Eclesiastés). Podemos alabar a Dios por su continuo “testimonio” (Hechos 14:17) en nuestra *oikonomia* (economía) caída.

Es más, los cristianos deben participar en estos debates y actividades debido al interés propio y la justicia económica. Siendo administradores del planeta, la sustentabilidad en la adquisición de los bienes es un asunto muy relevante para nosotros, tanto desde el punto de vista logístico como el moral. Debemos *compartir* este planeta hasta que el Señor regrese. Si el planeta prospera, también nosotros lo hacemos. Si el planeta sufre, nosotros también sufrimos. Por otra parte, Scott Sabin escribe:

La mayordomía del medio ambiente es también una cuestión de justicia [...] Vemos el medio ambiente como un lujo. Sin embargo, las poblaciones más pobres del mundo no están tan aisladas y no son inmunes a lo que hacemos. Cuando la lluvia no llega y el suelo se

⁸ Ibíd., Michael Sandal, p. 187.

⁹ Ibíd., Ben Okri, p. 143.

erosiona, las familias mueren de hambre. Cuando se contamina el agua, los niños contraen enfermedades intestinales. Cuando se talan todos los árboles, las mujeres caminan por horas buscando leña. Cuando la tierra es deforestada, las cuencas acuíferas dejan de funcionar y eso hace que los ríos y arroyos se sequen. Cuando la lluvia sí llega, sobrevienen aludes mortales [...]. Preservar los recursos naturales y hacer de ellos un uso sustentable, evitando degradar aun más los ecosistemas — sirviendo a la creación como mayordomos— se vuelve un asunto central para poder servir a esas personas.¹⁰

Aun así, *nunca* debemos olvidar que nuestras aspiraciones y expectativas culturales están condicionadas por la misión escatológica de Dios. Esa misión permanece inamovible. Dios proveerá un entorno físico renovado en el que otra vez establecerá un tabernáculo con su pueblo santo. Él pondrá nuevamente a Humpty Dumpty¹¹ en toda su gloria previa a la caída, y mucho más. Un día, Dios revelará su imperio cósmico, una patria libre del pecado y de Satanás, donde los seres humanos podremos florecer verdaderamente. En “el nuevo cielo y la tierra nueva”, el *homo economicus* (el hombre como sujeto de la economía) estará vivo y activo (Is. 60:4-11; 17-21; Ap. 21:24). La “ciencia lúgubre” (la economía) se transformará para proveer dignidad, abundancia, trabajo productivo y relaciones significativas dentro de un entorno seguro y sagrado. Hasta ese entonces, nunca debemos olvidar que todo lo que los pecadores hagan es problemático. Todo y todos en esta era están sujetos a la ley de Murphy y hay un “Catch 22” (un objetivo imposible de alcanzar debido a las propias reglas establecidas para alcanzarlo) en todos nuestros esfuerzos. Esto es evidentemente cierto en la esfera económica. En lo que respecta al comercio y el dinero, John Wesley lo expresó muy bien:

Dondequiera que las riquezas hayan aumentado, la esencia de la religión habrá menguado en la misma proporción. Por lo tanto, no veo cómo es posible, por la naturaleza de las cosas, que algún avivamiento religioso continúe por mucho tiempo; porque la religión necesariamente produce tanto la diligencia como la frugalidad, y estas no pueden sino producir riquezas. Pero en la medida en que aumentan las riquezas, también aumentan el orgullo, la ira y el amor al mundo en todas sus formas.¹²

Por todas estas razones, el consejo de Jeremías a los exiliados de Babilonia es pertinente también para nosotros en estos tiempos:

Edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed del fruto de ellos. Cásate y ten hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos y den a vuestras hijas en matrimonio, para que ellos también tengan hijos e hijas; y

¹⁰ “Whole Earth Evangelism,” *Christianity Today*, Vol 54 (2010), p. 28.

¹¹ Sobre *Humpty Dumpty*, ver: https://es.wikipedia.org/wiki/Humpty_Dumpty

¹² Citado por Max Weber en *Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, New York, NY: Scribers (2003), p. 175. Un proverbio anónimo expresa una idea similar: “El evangelio es como una madre que tiene una hija llamada ‘prosperidad’. El problema es que la hija se comió a la madre”.

multiplicaos allí, y no disminuyáis. También, procurad la paz y la prosperidad en la ciudad a la que los he llevado a exilio. Rueguen al Señor por ella, porque si la ciudad prospera, ustedes también prosperarán. (Jer. 29:5-7)

Temáticamente, el paralelismo entre aquella época y la nuestra es sorprendente. Ellos estaban en el exilio y, en un sentido muy real, nosotros también lo estamos. Ellos anhelaban la restauración y volver a la tierra prometida, y nosotros también. Soñaban con un hogar edénico, al igual que nosotros. Vivían en una “situación mixta” entre gracia común y pecado, y así ocurre con nosotros. Luchaban por mantener una “distinción”, una *oikonomia* (economía) alternativa que no fuera Mammon, y nosotros también deberíamos hacerlo. Ellos entendieron que la verdadera prosperidad en todas sus dimensiones solo podría experimentarse habitando cerca de la morada de Dios. Por lo tanto, se les dijo que tuvieran esperanza y aguardaran el cumplimiento de la misión escatológica de Dios, y eso mismo debemos hacer nosotros. Mientras tanto, se les mandó a florecer y traer prosperidad a la tierra del exilio para beneficio propio y como anticipo de cosas mejores que habrían de venir, y eso deberíamos hacer también nosotros.

Después de la boda... ¡se viene la fiesta! (¿o no?)

Durante los años que viví en Argentina, he asistido a algunos casamientos. Siempre son hermosos. No obstante, hay algo en la recepción y la celebración que le siguen a la ceremonia que realmente no termino de entender.

¿Por qué la boda es tan sagrada y la fiesta tan secular? Suena irónico que terminada la ceremonia las parejas salgan de la iglesia y hagan la celebración afuera. ¿Será una forma de reconocer de manera implícita que son dos cosas distintas o que no van de la mano? ¿Será que en su corazón creen que ciertos estilos de música y determinadas actividades en realidad no son apropiados para la ocasión? Nuestros valores primarios y nuestra cosmovisión bíblica, ¿no deberían ser aplicables a *ambas*, tanto a la ceremonia en la iglesia como a la fiesta que se hace fuera de la iglesia? ¿Por qué debería haber una distinción entre lo sagrado y lo secular, entre lo solemne y lo feliz?

La mayoría de las fiestas de casamiento a las que asistí eran como adaptaciones moderadas de un *boliche* o *carnaval*, con mucha comida rica (y en algunos casos mucho alcohol). La música y el ritmo eran tan fuertes que a uno le retumbaban los oídos. Los invitados empezaban a bailar más o menos a las 11 y después de una hora se servía la comida. Después más música... y más comida. Más música, más comida. Y la secuencia se repetía hasta el amanecer, cuando se servía más comida todavía.

Es una lástima que el ruido no permitiera tener una conversación significativa, a menos que fuera en lenguaje de señas. De todos modos, era imposible ver bien a alguien entre tantas luces y humo.

Está bien que los jóvenes cristianos celebren la bendición del matrimonio, pero pensemos que la fiesta suele estar totalmente pensada para los jóvenes (de entre 20 y 30 años), con lo cual todos los demás se quedan sentados a mirar, y mirar, y mirar hasta el amanecer. ¿Qué nos dice esto del valor que les damos a los demás invitados, en especial los de edad avanzada y los niños, o cualquiera que no guste del entorno de un *carnaval* o un *boliche*?

Piensen también en el baile y las letras de las canciones: quizás valga la pena preguntarnos si los movimientos seductores que incitan o las letras inmorales y vacías y ciertos tipos de espectáculos deberían tener lugar en la recepción de una boda *cristiana*. Después de todo, nuestra celebración, ¿no debería ser un reflejo de nuestras prioridades, como sucede en la ceremonia? ¿Por qué deberíamos casarnos como creyentes y olvidarnos del cristianismo en la fiesta?

Realmente, me cuesta entenderlo y creo que es algo que se puede cambiar.

Quizás podríamos celebrar con un poco más de equilibrio y espiritualidad para así reflejar nuestra cosmovisión bíblica. Pero para eso hace falta creatividad. Podríamos considerar incluir, junto con el baile y la comida (que por sí solos no tienen nada de malo), por ejemplo:

- un tiempo de oración para bendecir a la pareja;
- videos y actuaciones divertidos para celebrar sus vidas y potencial;
- una sección de karaoke;
- dedicarle a la pareja canciones que sean especiales y significativas para ellos;
- música especialmente pensada para la adoración a Dios, el creador y Señor del matrimonio (*¡y de la fiesta! Él quiere que celebremos*);
- un tiempo para bailar en grupo o hacer alguna coreografía;
- un tiempo para escuchar el testimonio de la pareja;
- una colecta de dinero para que los recién casados comiencen su vida juntos;
- la participación de personas de todas las edades: invitar a los padres y a los ancianos a dar consejos y bendiciones, y pensar en un programa para los más chicos.

¿Qué les parece?

¿Se les ocurren otras ideas creativas?

¿Creen que nuestras convicciones religiosas deberían influir también en la celebración después de la boda?

¿Creen que debería haber una división entre lo sagrado y lo secular que separe la ceremonia de la fiesta, o que las dos van de la mano?

Con sobrepeso y problemas de salud

Muchos padecemos de sobrepeso y tenemos problemas de salud por el tipo y la cantidad de comida que comemos.

Los alimentos que ingerimos están íntimamente relacionados con lo que nos venden (y con lo que nos han transmitido culturalmente). Los productos alimenticios que están a la venta son el resultado de un «gran bombardeo», fruto de la producción industrializada, el énfasis puesto en la comida muy dulce o muy salada, la psicología de la motivación, las últimas técnicas de marketing, la globalización, las omnipresentes redes sociales, la compra impulsiva y la compra en cuotas. Cada vez hay más información acerca de qué comer, más dietas para evaluar, más modelos culinarios para adoptar y más opciones en las cuales gastar.

En general, tenemos sobrepeso, que afecta nuestra salud, porque vivimos para comer (no comemos para vivir).

¿Crees que esto agrada al Señor? ¿Aprueba él nuestra pasividad frente a la gran influencia del marketing? ¿Le parece bien que cuidemos tan poco nuestro cuerpo? ¿Aprueba nuestra tolerancia a la visión del mundo que reina hoy: el consumismo? ¿Está de acuerdo con la manera en la que gastamos el dinero en comida (sin mencionar las otras variantes del consumismo, tales como las últimas tecnologías, la moda y el entretenimiento)? ¿Crees que el Señor concuerda con el análisis de este autor: «He llegado a pensar que la mayor amenaza contra la viabilidad de nuestra fe es el consumismo; es un desafío nefasto e insidioso para el evangelio porque nos afecta a todos de muchas maneras»?

¿Te parece que es un buen testimonio que nuestros hábitos de consumo y el estilo de vida que llevamos, generalmente, se asemejen a los del mundo?

(En realidad, los hábitos alimenticios son solo un campo de batalla en la lucha contra el consumismo. Piensa, asimismo, en lo que solemos mirar, escuchar y leer, en los hábitos de consumo y de ahorro y también, en nuestra búsqueda de identidad a través de lo que compramos.)

Quizás ya es tiempo de que los cristianos evangélicos le declaremos la guerra al consumismo de una manera muy personal. Deberíamos decir: «¡No voy a permitir más que ni mi estómago ni el mundo controlen lo que como y cuánto como!».

Esta decisión implica aprender a ignorar los mensajes terrenales que tengan que ver con comida. Significa reevaluar el estilo de vida, preguntarse: «¿Vivo para comer?». Habrá que tomarse la salud y el peso con seriedad. Tendremos que hacer una consulta médica, si fuere necesario, para saber cómo bajar de peso y hacer ejercicio físico. Comenzaremos un peregrinaje hacia un mejor cuidado del cuerpo y del espíritu.

¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños (1 Corintios 6:19).

Si hacemos este cambio de hábito, tiene que ser sostenible en el tiempo, y el esquema deberá estar diseñado especialmente para cada persona. Tendremos que adoptar una mentalidad de tiempos de guerra en contra del hedonismo de esta época. Le prestaremos mucha menos atención a la publicidad en la televisión y en las redes sociales que nos insta a comer alimentos no saludables.

Nuestra guerra no es simplemente física o psicológica, es espiritual. Debemos pedirle al Espíritu Santo que cambie nuestros parámetros y hábitos y nos dé la gracia para vivir mejor y por largos años.

Te comarto una sugerencia: descarga la aplicación gratuita «Lose It» y aprende cómo monitorear y controlar tu ingesta de alimentos (puedes configurar el idioma en español). Este video explica cómo utilizar la aplicación en este idioma:

https://www.youtube.com/watch?v=xBqDTV_j4Xk

“Si fuera un hombre rico”

Cuando era joven (hace ya muchos años), me gustaba mirar la película *El violinista en el tejado*, basada en el musical de 1964 (la mirábamos con una tecnología avanzada de aquel tiempo, el disco de video, ¿alguien lo recuerda?). El espectáculo tiene muchas melodías famosas, pero mi favorita es la canción “Si fuera un hombre rico”, interpretada por Tevye, el personaje principal, que expresa su deseo de tener una vida mejor dentro del crudo contexto de la persecución judía, la pobreza, la impotencia y la injusticia social.

Los animo a mirar el video de la canción de la película. Presten mucha atención a la letra (subtitulada):

https://www.youtube.com/results?search_query=if+i+were+a+rich+man+spanish

La canción plasma con claridad que el dinero tiene dos caras. Por un lado, representa el poder y la provisión, que son necesarios en este “presente siglo malo” (Gá. 1:4). Por otro lado, permite que los hombres muestren avaricia y violencia. Podemos mencionar muchos ejemplos bíblicos negativos sobre el uso de las riquezas, como el de la reina Jezabel (1 R. 21:1-16), el rico insensato (Lc. 12:13-21) y Simón el mago (Hch. 8:14-24); pero también vemos muchos ejemplos de un uso piadoso de los bienes, como en el caso de Job (Job 29:12-16), David (1 Cr. 29), Nehemías (Neh. 13:31), Lidia (Hch. 16:13-15) y José de Arimatea (Jn. 19:38-42).

Pensemos en esto con detenimiento. Nuestras motivaciones y uso del dinero son indicadores clave que, de acuerdo con la Biblia, hablan de nuestra salud espiritual.

"¿En qué punto el deseo de volverse un "hombre rico" se convierte en "amor al dinero" (en codicia y "la raíz de todos los males" [1 Ti. 6:10])?

¿Qué haría usted si realmente fuera un hombre rico o una mujer rica? ¿Cómo gastaría su dinero? ¿Qué estilo de vida adoptaría? Planteémoslo de otro modo: ¿Qué haría si tuviera un millón de dólares? O supongamos que es una persona normal, con un estilo de vida de clase media: ¿Cómo usaría unos \$10 000 o \$100 000 extra? ¿Usaría el dinero según las demandas del consumismo, para invertirlo en "tesoros en la tierra", o lo invertiría en "tesoros en el cielo" (Mt. 6:19-21)?

Afortunadamente, para quienes tienen prosperidad económica, Pablo provee instrucciones muy específicas acerca de las riquezas. Leamos lo que dice en 1 Timoteo 6:17-19 y prestemos atención a lo que dice sobre las motivaciones y el uso del dinero:

A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos, ni pongan su esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Mándales que hagan el bien, y que sean ricos en buenas obras, dadivosos y generosos; que atesoren para sí mismos un buen fundamento para el futuro, que se aferren a la vida eterna.

El verbo traducido como "hagan el bien", que leemos en el versículo 18, es una palabra poco frecuente que aparece solamente aquí y en Hechos 14:16-17. En Hechos se refiere a Dios, aquel que da testimonio de sí mismo por medio de actos de bondad y generosidad:

En el pasado, Dios permitió que la gente anduviera por sus propios caminos, aunque no dejó de manifestar su poder al enviarnos toda clase de bienes, pues del cielo nos viene la lluvia, que hace fructificar la tierra para nuestro sustento y alegría.

Dios es bueno y su sustento en la creación da testimonio de su carácter. El punto de la cuestión es sencillo: las acciones revelan nuestra esencia. Nuestras actividades económicas son un testigo de nuestro carácter verdadero. En 1 Timoteo 6:18, "hagan el bien" manifiesta la verdadera naturaleza del corazón de la persona rica en relación con el dinero. Nuestras acciones en relación con el dinero dejan un testimonio, positivo o negativo, que Dios y la humanidad ven.

La expresión "hacer el bien" es calificada por tres términos y frases: "ser ricos en buenas obras", "generosos" ("dador libre" o "colaborador dispuesto"), y "listo para compartir". "Listo para compartir" viene de la palabra "koinonia", parte de un gran grupo de palabras del cual derivan las palabras "participar", "comunión" y "compañerismo". Esto significa que una parte de la membresía y comunión de la iglesia conlleva una disposición a compartir recursos económicos.

El contexto más amplio de los versículos 17 y 19 puede resumirse de la siguiente manera. Pablo instruye a los ricos a abandonar las actitudes y los comportamientos nocivos sobre el dinero y los manda a adoptar conductas bíblicas. Dicho en términos figurados: el rico debe retirar sus ganancias del "banco terrenal" y depositarlas en el

“banco celestial”. En el banco terrenal, el interés es bajo, pero la inversión es riesgosa; en cambio, en el banco celestial, el interés es alto, pero la inversión es muy segura.

En resumen, Pablo dice que los ricos deben obedecer el mandamiento: “Y no adopten las costumbres de este mundo, sino transfórmense por medio de la renovación de su mente” (Ro. 12:2). Deberían aprender y confesar junto a Pablo en Filipenses 4:11: “He aprendido a estar contento en cualquier situación”.

En términos específicos: los ricos deben hacer el bien con sus recursos. Deberían ver sus riquezas como un bien sobre el cual ejercen una mayordomía, para concebirlos como una oportunidad para mostrar misericordia y generosidad y hacer una inversión en la eternidad. Deberían hacer una evaluación madura sobre el dinero: que el dinero es sagrado, una prueba espiritual y un regalo muy peligroso. No deben someterse a los valores y métodos de Mamón (Mt. 6:24). Por el contrario, deben ser fieles y generosos, abundar en buenas obras, y ocuparse de las necesidades de las viudas, los pobres y los huérfanos (Mt. 25:35-45) y el ministerio de la iglesia (Gá. 5:17-18).

La Oración Del Dinero

¿Qué harías si fueras realmente un hombre rico o una mujer rica? ¿Cómo gastarías tu dinero? ¿Qué estilo de vida adoptarías? Para ponerlo de otro modo, ¿qué harías si tuvieras (un million) \$1,000,000? O, supongamos que sos una persona normal, con un estilo de vida de clase media, ¿cómo usarías unos \$10,000 o \$100,000 extra? ¿Usarías el dinero según las demandas del consumismo, para invertirlo en “tesoros en la tierra”, o lo invertirías en “tesoros en el cielo”?

Desde otra perspectiva, cualquiera sea tu status económico, ¿podrías orar estas dos peticiones sacadas de Proverbios 30:7-9 (RVC)?

Solamente dos cosas te he pedido;
¡concédemelas antes de que muera!
Aparta de mí la vanidad y la mentira,
Y no me des pobreza ni riquezas.
Dame sólo el pan necesario.

Piensa un momento conmigo acerca de lo que implica esta oración. La primera petición es un pedido de integridad ligado a una oración sobre el dinero. Cuan opuesto es esto en el mundo de dinero, en el cual, muy a menudo, mentir, engañar, decepcionar y manipular es la forma en que se hacen negocios.

La Biblia, por otro lado, demanda integridad económica. Proverbios 11:1 dice: "La balanza falsa es abominación al SEÑOR, pero el peso cabal es su deleite." (LBLA) Ezequiel 22:12 dice sobre los líderes de Israel: "En ti se ha recibido soborno para derramar sangre; has tomado interés y usura, y has dañado a tus prójimos, extorsionándolos y de mí te has olvidado' —declara el Señor Dios."

Segundo, considera la petición a Dios que hace la oración sobre el dinero: "No me des pobreza ni riquezas. Dame sólo el pan necesario." Esta petición asume que Dios es su proveedor y protector; en contraposición con el dinero o el consumismo del hoy. La segunda petición ruega sólo por o que es necesario, y esto es importante. Cuán diferente es esta expectativa de lo que el consumismo nos promete. Esto que pide, asume una libertad del amor al dinero y un corazón satisfecho y agradecido.

Nuevamente, ¡qué gran diferencia con la economía consumista en la que vivimos!

Tercero, observemos la lógica de esta oración en la petición sobre el dinero al final del pasaje: "No sea que, una vez satisfecho, te niegue y diga: «¿Y quién es el Señor?» O que, por ser pobre, llegue yo a robar y ofenda el nombre de mi Dios." (RVC) Esto es bastante importante. Todas las clases económicas se enfrentan a tentaciones similares y diferentes. Todos somos tentados a amar el dinero más que a Dios. Todos somos tentados por la corrupción y el engaño en nuestras operaciones financieras. Todos somos tentados a desarrollar una mentalidad de víctima ("pobre de mí!"), o un sentido de derecho en el que creemos que todos nos deben algo. Estos podrían ser nuestros padres o un empleado o el gobierno— incluso Dios. Pero, las tentaciones del rico y del pobre también son distintas.

Para el pobre, según este Proverbio, la tentación es convertirse en una persona amargada y cínica, lo cual llevaría a una actividad criminal con el fin de asegurarse un medio de vida. Para el rico, la tentación es sentirse (en comillas) "satisfecho" o "lleno", como la Biblia llama "olvidarse" de Dios. Una vida de placer, de alivio y lujo pueden cegarnos y ensordecernos espiritualmente. Las riquezas pueden comprarnos un poquito de cielo en la tierra. Con dinero podemos reconstruir nuestro propio Edén, lo que Jesús denominó "tesoros en la tierra" y con esto nos contentamos. De hecho, demuestra que cuanto más dinero hacemos, a menudo, nos convertimos en personas menos generosas y amables.

Permítanme concluir con esta cita acerca de la riqueza, por el teólogo Richard Foster:

La riqueza es una cosa peligrosa. Toda la tradición bíblica revela esa verdad... Dios llama a algunos a aumentar sus ingresos con el fin de utilizarlos para el bien de todos... Estamos tratando con dinamita. La riqueza no es para los neófitos espirituales; serán destruidos por ella. Sólo las personas que tienen las manos limpias y un corazón puro pueden, con toda esperanza, manejar este "vil metal" sin ser contaminados. La gula, el orgullo, la codicia, la avaricia pueden desarrollarse sin dar aviso. Este camino está plagado de grandes frustraciones y tentaciones y los que andan en él se enfrentan a decisiones desconcertantes y opciones morales trágicas que la mayoría de las personas nunca tendrán que considerar... El aspecto más sutil y peligroso del ministerio del dinero es la falsa sensación de poder que da. Empezamos a sentirnos en control. Otros comienzan a buscarnos, no por lo que somos, sino por lo que tenemos. Empiezan a mirarnos de formas espiritualmente destructivas. En un sentido importante, el dinero es poder y tenemos el poder de determinar el futuro de tal o cual proyecto o causa, y ellos lo saben. Y, lo más destructivo de todo, nosotros

lo sabemos. El orgullo espiritual asoma su fea cabeza cuando se filtra el pensamiento de que estamos a cargo, tenemos el mando. El deslizamiento degenerativo continúa hasta que nace un nuevo seudo-salvador.

\$ 89, nuestra gran inversión

Me siento como un verdadero argentino! Sí, tomo mate, me encanta el dulce de leche y disfruto de un buen asado. Ah, y también tomo siestas. Sin embargo, ninguna de estas cosas me hace argentino. Me faltaba sólo una cosa, y ahora la tengo.

Por último... ¡me robaron! Me quitaron la billetera sigilosamente, para ser específico. El delito finalmente invadió mi vida. Fueron astutos y me robaron la billetera cuando me estaba bajando del colectivo.

(Afortunadamente, el ladrón era un delincuente con conciencia. Dos horas después del robo, un transeúnte “inocente” llamó para decirnos que había “encontrado” mi billetera. Cual buen samaritano, quería devolvérmela, junto con mi credencial de seguro médico y mis documentos de identidad, y sin el efectivo, por supuesto).

Estaba enojado, no tanto porque perdí dinero sino por haber sido tan ingenuo. El robo es un abuso. Me sentí agredido y perdí cierto grado de inocencia ese día. Tengo que ser más cauteloso en cuanto a la delincuencia.

No fue tan fácil para mi esposa. Ella reaccionó con dolor y rabia. Y entiendo por qué. Viviana tuvo que atravesar diecisiete años de un matrimonio de abusos y maltratos. Está muy familiarizada con la violación, la impotencia y la ira. Para ella, esta situación funcionó como un hipervínculo emocional que abrió una nueva brecha de profunda indignación. Por un día más o menos, no pudo evadir sus sentimientos. Revivió una y otra vez la experiencia. Soñaba con ella. Trataba de controlar sus emociones a través de actividades y un retraimiento emocional.

Finalmente, se detuvo y hablamos. Juntos, “unimos los puntos” entre nuestro presente y su experiencia pasada. Ella lloró, tanto por el dolor y la ira como por la esclavitud sentía que la ataba al abuso y el maltrato de tiempos pasados.

Entonces nos dimos cuenta de la gran inversión que en realidad habíamos hecho. Los ladrones se quedaron con tan sólo \$ 89 dólares terrenales mediante su esfuerzo. También aumentaron la carga de su deuda moral delante de Dios. Ellos pecaron contra nosotros y contra el Señor. Viviana, por su parte, ganó un eterno retorno que sigue dando dividendos incluso ahora: la libertad de la ira y el dolor. Dios rompió el vínculo entre el pasado y el presente.

Por lo tanto, los perdonamos, ladrones, por su mala conducta. “Ustedes pensaron [hacernos] mal, pero Dios cambió todo para bien” (Génesis 50:20). Ellos perdieron y nosotros ganamos.